

UCLA
Library

EL EVANGELIO DEL OBRERO

Publicaciones Anarquistas "EL SEMBRADOR"
nº 136 Diciembre - 2005

POR. NICOLAS ALONSO MARSELAU

EL EVANGELIO DEL OBRERO

I

Libro de la generación del Obrero, hijo del trabajo, de la miseria y de las lágrimas. En el principio era la ignorancia; la ignorancia era con el hombre y el hombre era la ignorancia.

Esto es lo que tenía el hombre a su aparición sobre la tierra. Todas las preocupaciones fueron creadas por ella, y no hay ninguna que no la tenga por origen.

En el hombre estaba la inteligencia, y la inteligencia es la luz que alumbra a todos. La luz brilla en las tinieblas, las tinieblas no pueden oscurecer la luz.

Ha habido hombres de tiempo en tiempo, que han anunciado la verdad, dando testimonio de la luz de la razón, para que todos vieran, pero asfixiados por la preocupación y envueltos por las tinieblas han muerto y perseguido a aquellos pocos, creyéndolos malos, sin embargo de que traían la luz.

A sus hermanos venían y sus hermanos no los recibieron.

Pero cuantos creyeron a la evidencia, y siguieron las doctrinas de ilustración, fueron regenerándose y dieron un paso hacia la emancipación humana.

Y la ciencia se manifestó por medio de la palabra y de la demostración y habita entre nosotros, y vemos la claridad de su verdad y su patente evidencia.

¿Quiénes son estos que claman en alta voz en el desierto de esta sociedad, yermo, árido y fatigante, donde no nace la flor de la verdad, ni brota el agua pura de la justicia? ¿Quiénes son estos precursores de una nueva era, que despiertan al dormido, que animan al cansado, que consuelan al afligido y prometen libertad al esclavo? Son desheredados, son pobres, son miembros de la gran familia humana que han visto nacer el sol y dicen que ha llegado la hora de levantarse y trabajar para recoger los frutos de tanto

mártir, de tanto trabajador como ha regado con su sangre el campo del corazón humano y la inteligencia del hombre, porque el reinado de la Justicia se acerca.

No son ricos estos apóstoles, no son poderosos, no son hombres eminentes por su posición social; son una legión numerosa, que tiene hambre y sed, que sufre frío y desnudez, son los pobres Obreros de este mundo, que piensan que ya es tiempo que se les pague, que ya es tiempo de que coman, vistan y se instruyan.

Porque ya está puesta el hacha a la raíz de los árboles; y todo árbol que no de buen fruto, será cortado y echado en el fuego.

Ya está el bieldo en la mano del pueblo, y habrá de limpiar bien la era: reunirá el buen trigo en el granero y quemará la paja.

Obrero, entiende bien estas frases. Los árboles son los hombres, el que da fruto eres tú, el que trabaja eres tú, el que produce eres tú: ¿conoces a los que no hacen más que daño? ¿Conoces a esos árboles que no dan más que hojas, si acaso, o como el jagüey de Cuba, que vive buscando el apoyo de otro para desarrollarse, trepando por su tronco, y se alimenta y nutre con la savia que le chupa a otro hasta aniquilarle, envolviéndolo entre sus espesos tegumentos? ¿No es verdad que hay muchos de éstos? Pues toma en tu mano el hacha, la segur revolucionaria, y aplícala a la raíz de esos árboles.

Toma el bieldo y purifica la era social, recoge todo el trigo, esto es, unios todos los elementos productores, todos los obreros, y quemad la paja; ¿podréis distinguir la paja del trigo? No será muy difícil: con trigo podéis sacar trigo; esto es, con trabajo, sacaréis riqueza, pero con paja no sacaréis nada más que estiércol... quemad la paja: es decir, ¡todo aquello que no produzca!

Entended bien, Obreros, vuestro Evangelio y practicarlo.

II

Entonces el Obrero fué llevado a las naciones para ser explotado por sus hermanos.

Y habiendo ayunado infinidad de siglos, después tuvo hambre.

Y llegándose a él uno de sus hermanos explotadores, le dijo: si tú eres tan poderoso, si en ti reside la riqueza, puesto que, como dices, todo lo produces, di que estas tierras produzcan pan, sin que yo te dé la simiente, sin que te dé un jornal para que te alimentes.

Mas el Obrero le respondió: No de sólo pan vive el hombre. Yo en verdad tengo en mis manos la riqueza, todo lo produzco, sin mí no habría artes, ni ciencias, ni inventos, todo lo he hecho yo con mi trabajo, pero tú me has robado los instrumentos del trabajo, tú te apoderas del producto de mi sudor, tú me azotas mientras me fatigo, y tienes atadas mis manos para que no me pueda oponer a tus despóticos designios. No vivo sólo de pan, necesito libertad, independencia. Necesito lo que me has robado y entonces verás cómo de las piedras hago panes, cómo transformo el mundo.

Entonces el explotador lo llevó sobre un alto monte y le mostró todos los reinos del mundo y las glorias de ellos, y le dijo: Todo esto te daré, si cayendo me adorares.

Hipocresía sublimemente habilidosa para engañar al pobre obrero: ¿ves todos esos reinos y monarquias levantarse orgullosas con la gloria de sus conquistas, con el esplendor de sus cortes y palacios? ¿ves todos esos reyes deslumbrantes de pedrerías y oro? Todo eso te lo daré con tal que me adores: es decir, yo capital, yo explotador, yo rico, con tal de asegurar la soberanía de mis riquezas, de mi fortuna, con tal de ser yo el amo, el rey, el dios; si me adoras, si me respetas, si me garantizas, quitaré esos reyes, te haré ciudadano obrero; todos esos reinos serán tuyos de nombre, se aclamará tu soberanía, tu república si quieres, pero has de continuar trabajando y adorándome como Dios, como

providencia, porque yo tengo el capital...

Entonces el Obrero vió a dos hermanos trabajadores y les dijo: Seguidme, unámonos; vosotros dos solos, y yo solo, nada haremos; vamos los tres y agrupémonos de otros para predicar el reino de la Justicia y plantearlo en la tierra; pasando a otro lugar se les unieron más, y poco a poco fue creciendo aquel pequeño grupo.

Y viendo el Obrero a los pobres y descamisados que le seguían, subió a un monte, y después de haberse sentado les enseñaba diciendo:

Felices vosotros, trabajadores y pobres de esta sociedad, porque cesarán vuestras fatigas el día de la Justicia que se acerca; vosotros agricultores, pobres segadores y los que sembráis las tierras, esas tierras son del que las trabaja, reuníos en grupos, y esas tierras que hoy pertenecen a un amo, que nada hace en ellas, y que se lleva lo que trabajáis, serán vuestras, de vuestros hijos y de todos los que las cultiven y las hagan producir.

Felices vosotros, los que ahora lloráis la injusticia social, porque el día llega en que vuestro llanto se convertirá en alegría, y la paz reinará en vuestras conciencias, porque no tendréis el remordimiento de haber robado ni explotado a nadie; no así vuestros explotadores, su orgía se cambiará en duelo, sus goces en tristes recuerdos de tanta infamia como cometieron.

Felices los que, esclavizados, padecéis por la tiranía y la arbitrariedad de esos que llaman tribunales de justicia. Todas las cadenas han de ser pulverizadas, todos los hierros del esclavo han de ser rotos; no creáis que no servís a la gran causa de la Emancipación; nuestros sufrimientos hacen propagar la idea de la verdad, y la sangre de vuestro martirio engendra nuevos hijos y defensores para la gran transformación. Animo, no desmayéis, vuestra muerte misma servirá a nuestra causa.

Felices cuando os maldijeren y os persiguiesen; gozaos y

alegraos, porque esa es una prueba de que no estais conformes con la explotación existente. Lo mismo han hecho con los mártires de la Verdad que de tiempo en tiempo han aparecido, protestando del crimen y dando un impulso a la civilización y acercando el día de la libertad.

Vosotros sois la riqueza de la tierra, sin vosotros no habría nada, ni telas, ni casas, ni industria, ni artes, ni pan, ni ciencia. Vosotros sois la luz del mundo. Esparcid vuestros rayos por todas partes para los que aún están ciegos vean; obrad en conformidad con vuestros principios, que es lo mejor que podéis hacer; porque si queréis regenerar la sociedad y no estáis vosotros regenerados, no habéis nada; porque si vuestra justicia y virtudes no son distintas de lo que en la sociedad se llama justicia y virtud, siendo todo lo contrario, no traeréis nunca el reinado de la equidad. Entonces no vale la pena cambiar de sistema.

Todos sois hermanos, y debéis manifestarlo por vuestra solidaridad, no solamente para romper juntos las cadenas que oprimen y esclavizan, sino en las necesidades y fatigas que pasáis mientras dura la esclavitud.

Estais en la sociedad, la sociedad vive porque vosotros trabajáis, pero la sociedad os desprecia y os tiraniza: prescindid de la sociedad para todo; agrupaos vosotros cada más, para formar la verdadera sociedad laboriosa y llena de virtudes.

La sociedad os arrojará de su seno y os perseguirá, no precisamente matándoos a todos, sino redoblando las cadenas que os tiene puestas; os arrojará de su seno en este sentido: privándoos de la legalidad concedida a otras clases, tratándoos como bestias o máquinas de producción que esa sociedad criminal cree tener un derecho a explotar.

No os juntéis, ni hagáis pacto con los tiranos; a nadie llaméis amo o maestro en el mundo, porque todos sois hermanos; arreglad vuestras contiendas, entre vosotros mismos;

amaos los unos a los otros; y si tenéis alguna disputa, como resto todavía de la mala educación que habéis recibido en la sociedad, no vayáis al juez, porque el juez os entregará a los ministriles y éstos os llevarán a la cárcel, de donde no saldréis hasta que hayáis entregado todo lo que teníais.

Hablad siempre en verdad; como conviene a personas humanas, que aborrecen el orden social establecido, donde todo es mentira y farsa, donde unos engañan a los otros.

Habeis visto el modo que tiene la sociedad, apoyada en las religiones, de vengarse de cualquier mal recibido. No seáis así vosotros: si algún hermano vuestro hace el mal contra vosotros, llamadlo cariñosamente y procurad atraerlo; considerad de dónde venimos y cuál ha sido nuestra escuela: al que necesitare, socorredlo, como que tenemos todos un deber; mientras tengamos, demos de nuestra miseria a nuestro hermano que tenga menos, esperando el día en que todos tendremos el fruto integral de nuestro trabajo. No atesoremos para nosotros particularmente, ni nos queramos engañar a nosotros mismos, haciéndonos la ilusión de que ahorramos para dejar un pedazo de pan a nuestros hijos.

Formemos cajas solidarias y colectivas; busquemos primeramente el Reinado de la Justicia, que todas las demás cosas se seguirán en abundancia; dediquemos hoy nuestras fuerzas a establecer primeramente el reinado del bien, del orden y de la justicia, y necesariamente deben resultar leyes justas y armónicas, leyes de igualdad y bienestar para los desgraciados.

Si en este mundo ahorramos particularmente, creyendo que ha de ser para nuestros hijos aquel ahorro, se lo llevarán los ladrones de esta sociedad: el cobrador de contribuciones, el usurero, el gobierno, el hambre; estos y otros muchos son ladrones que os quitarán vuestros ahorros y quedaréis en la misma posición de pobres, y vuestros hijos heredarán simplemente vuestra esclavitud.

Amad a vuestros enemigos, dándoles la luz y la verdad,

entregándoles una sociedad regenerada y purificada de tanto vicio: pero no creáis que este amor consiste en dejarlos hacer su criminal voluntad haciendo así continuar la explotación y la tiranía; amadlos revolucionariamente, esto es, haciéndoles entrar en el camino del deber social, del trabajo y de la virtud.

Sed, pues, perfectos, como perfecta es la doctrina que abrazáis.

No os vanagloriéis de ser buenos, porque haciendo la virtud, habéis cumplido vuestro deber.

No seáis hipócritas, queriendo estar bien con la sociedad que decía aborrecer y queréis regenerar, porque no se puede servir a dos cpsas contrarias a la vez.

Empezad por conoceros a vosotros mismos, y sed imparciales, no condenando en otros aquello que vosotros mismos ejecutais. Antes al contrario, sed indulgentes para con el que cae y procurad levantaros los dos a la altura que reclama la dignidad humana. Y así haced con vuestros hermanos todo aquello que deseáis hagan con vosotros.

Guardaos de los falsos apóstoles, que vienen a vosotros con piel de ovejas y tienen entrañas de tigres. Por sus frutos o acciones los conoceréis. No todo el que habla de Justicia y de Libertad es digno de entrar en su reinado.

Muchos de ellos dirán en aquel día: "Nosotros tuvimos las armas en la mano para defender la libertad; nosotros predicamos extensos discursos de patriotismo y emancipación; nosotros estuvimos en los Parlamentos y asombramos al mundo con la elocuencia de nuestra palabra; nosotros conspiramos, hicimos la más cruda oposición a la tiranía, y hasta nos batimos por la libertad", mas el Obrero les dirá entonces: "es verdad que hicisteis todo eso y mucho más, es verdad que estuvisteis a la cabeza del pueblo, y en su nombre luchabais, pero yo nunca os conocí; apartaos de aquí, HIPOCRITAS: porque os servíais del pueblo, no para su felicidad, sino para vuestro medro personal; queríais destruir

la tiranía y la explotación para erigiros en tiranos y explotadores. Vuestras ideas profesadas y no practicadas no eran otra cosa que una nueva manifestación del mal social. Apartaos, hipócritas, que quereis monopolizar la verdad e introducir otra vez el crimen y el trastorno donde esta la virtud y la paz".

III

Acabado este discurso, el Obrero pasó al otro lado de un río, y se le llegó un patriota, llevado únicamente del entusiasmo, pero ignorando los inconvenientes que tendría que salvar, le dijo: "Compañero, te seguiré a donde fueres" Mas el Obrero, que lo conocía, le dijo: "Los grandes y señores de la tierra tienen lujosos palacios y comodidades sin cuento, hasta los más grandes criminales tienen sus goces y placeres; mas el pobre Obrero no tiene donde reclinar su cabeza, su patrimonio es la miseria y el hambre, por todas partes tiene espinas y contradicciones, es reputado como leproso y apestado."

Uno de sus compañeros le dijo: "Mi padre ha muerto, y tengo que ir al templo cristiano, donde se le tributan los últimos honores; sé que es una superstición, pero ¿qué dirán los amigos y parientes si no voy al entierro de mi padre?" El Obrero entonces le contestó, lleno de dulzura y de convicción: "Amigo mío; deja a los muertos que entierren a sus muertos. Deja a esa sociedad corrompida y preocupada que quemee incienso a la superstición y a la mentira; deja que estúpida se arrastre a los pies de sus embaucadores; no sanciones tú con tu presencia esa farsa ridícula y denigrante con la que ha encadenado a la pobre humanidad durante tantos siglos. Si todo eso ha de concluir como falso, no lo fomentes, deja a los muertos en la idolatría, que entierren a los secuaces del error."

Y siguiendo el Obrero su camino, vió a un cobrador de contribuciones y le dijo: "¿Por qué te ocupas de sangrar al pobre para otro, sirviendo de instrumento a la ambición y al robo? ¿No podías dedicarte a un trabajo útil y productivo y no a cobrar lo que se ha de emplear en cadenas para tus hermanos y tus hijos?" El pobre empleado dijo: "Tienes razón en lo que dices, obrero; pero soy padre de una numerosa familia, no puedo trabajar, porque no encuentro donde hacerlo, y aunque encontrara, el jornal no bastaría

para mis necesidades; he padecido hambre, y la sociedad me ha visto, ha pasado de largo y no se ha cuidado de mí: me aseguran el pan de mis hijos con tal de que apremie a los contribuyentes, y me dan el tanto por ciento en la recaudación: si no obligo a pagar no tengo sueldo; esta es la razón por que tengo que ser duro y cruel."

Y acaeció que el Obrero entró en una casa a enseñar su doctrina de emancipación, y llegaron muchos de mala vida a oírle, ladrones, asesinos, jugadores y prostitutas. Viendo esto los fariseos hipócritas, es decir, los que pasan por honrados en la sociedad y se cubren con la máscara de la virtud, sin cuidarse de evitar la desigualdad social, se escandalizaban y decían: "Ese es el apóstol, ese es el reformador; mirad al predicador de la moral que llama socialista, mirad al que quiere regenerar la sociedad; no anda siempre más que con borrachos y gente de mala vida. Dime con quién andas y te diré quién eres; cuando se reúne con esos canallas, será tan canalla como ellos.". Entonces el Obrero, con la dignidad que da la tranquilidad de la conciencia, exclamó: "¡No tienen necesidad de médico ni de medicina los que están buenos, sino los enfermos. ¿Quiénes son estos ladrones, estos asesinos, estas prostitutas? ¡Responde, sociedad hipócrita, dime quién los ha hecho lo que son! Tú solamente, tú, sociedad criminal; todos estos desgraciados son otras tantas manifestaciones del mal social, que hay que extirpar. No tienen ellos la culpa de ser lo que son. Con otra educación, en otras condiciones, serían hombres; si son fieras, es porque los han hecho.

Sociedad estúpida y mala, ¿qué haces para evitar tanto ladrón, tanto asesino, tanta prostituta?. Tienes cárceles y presidios, tienes una policía venal y disoluta, tienes y pagas verdugos que cortan la cabeza del ladrón, del asesino; pero no puedes evitar el mal, porque cortas las hojas del podrido y envenenado árbol social; haces lo que Penélope, desbaratar lo que has tejido, para volver a tejer: haces los

criminales para después matarlos; y te escandalizas de que yo coma y beba con ellos. Ellos son mis hermanos desgraciados, y trato de hacer, con amabilidad y cariño, lo que tú no puedes hacer con tus jueces y cárceles, con tu policía y tus patíbulos: quiero curarles y los curaré; porque atacaré el mal en su causa, y destruida la causa, cesarán los efectos; tú y tus instituciones corruptoras sois la causa, y te atacaremos para que caigais, para que dejéis de ser. Por eso me reúno con estas víctimas vuestras, porque tienen necesidad de amor, de instrucción y buenos consejos: y como ni tú se los das, ni es probable que ellos vengán a buscarlos, porque están acostumbrados, empedernidos en tu enseñanza, yo voy a buscarlos, y a fuerza de sufrimientos y paciencia, y a despecho de lo que digas de mí, que, de paso, me tiene sin cuidado, porque no trabajo por darle gusto, conseguiré hacerlos mejores, y quitarles alguna miseria, alguna inmundicia, de la que has acumulado en su corazón. Límpiate tú, podrida sociedad, que llegará un día en que la máscara que tienes sea hecha pedazos y entonces... ¡Ah!, entonces querrías haber sido otra cosa."

Entonces el Obrero, viendo que su propaganda se extendía, y que por todas partes iban despertando los dormidos, envió a sus compañeros diciéndoles: "Id por todo el mundo y predicad este Evangelio a todos los que sufren, a todos los que trabajan. No vayáis a los ricos, ni entréis en los palacios de los poderosos, porque perderéis el tiempo, sino llegad a todas las ciudades, a todos los pueblos, a todas las aldeas, y donde oigáis un ¡ay!, decid: El reino de la Justicia se acerca; esclavos, levantad vuestras cabezas, porque llega vuestra redención; todos vuestros hierros van a ser rotos, las lágrimas de los pobres han de ser necesariamente enjutas. No os pareis ante ninguna frontera, ni tengáis en cuenta las preocupaciones de raza o nacionalidad, porque todos sois hermanos, desde Oriente a Poniente, desde Septentrión al Mediodía. Unid a todos los desheredados,

agrupadlos según el oficio que cada uno tenga, inculcadles el espíritu de solidaridad y fraternidad, por el que todo sea de todos, uno contribuya a la colectividad y la colectividad ayude a cada uno.

Os envío como ovejas en medio de lobos, sed prudentes pero dignos; no comprometed la obra que os esté confiada, pero no transijáis con el mal, ni os dobléis ante la persecución o los ofrecimientos. Guardaos de los burgueses, porque os harán comparecer en sus tribunales, y os azotarán en sus talleres. Y seréis llevados ante los gobernadores y los reyes por vuestras doctrinas; dad testimonio de ellas, y tened valor para no temblar ante su presencia. Porque aunque sois pobres y miserables, como os apellida el mundo, lleváis la verdad de vuestro corazón, y la verdad no se doblega ni tiembla nunca.

Y el hermano entregará a muerte al hermano, y el padre al hijo, y se levantarán hijos contra sus padres y los harán morir. Y serán aborrecidos de todos por vuestras doctrinas de emancipación; no temáis, ni os anonadéis, vuestra convicción os dará fuerzas.

Cuando os persigan en una ciudad, si podéis, idos a otra, porque en todas partes hace falta la propaganda, y si los jueces os cogen os harán sufrir mil vejámenes y penas en sus cárceles.

Nos pondrán mil nombres denigrantes, nos llamarán locos, utopistas y trastornadores; ¿pero qué importa esto?. Dirán que estamos vendidos, que trabajamos por un fin particular; decid que sí, que trabajamos por un fin particular, la destrucción del orden actual y la emancipación social. Adelante. No temamos a nuestros enemigos, porque lo más que pueden hacer es matar a nuestro cuerpo, pero ¿y la idea que predicamos? ¡Ah!, ella es inmortal e imperecedera, es como la luz, es como la fuerza en la materia, no puede aniquilarse; si nos quitan la vida, nuestra idea va a encarnarse en miles de otros seres, que se multiplican en

millares de cuerpos y salen por miles de bocas proclamando la eterna verdad que ha de reinar.

No nos paremos en las preocupaciones de familia, de patria, de amistad u otra cualquiera por el estilo: seamos revolucionarios; lo que ahora importa es la justicia, es el bienestar social, que después podremos dedicarnos a recoger los frutos de nuestro trabajo. Esto quiere decir, compañeros, que no transijamos con los vicios que vamos a arrancar de la sociedad porque nuestra mujer lo desee, o nuestra madre, o nuestro hermano; la Verdad antes que todo; empleemos la persuasión, y si no tiene éxito, digamos lo que pensemos, hagamos lo que decimos, y suceda después lo que quiera."

IV

Y acaeció que cuando el Obrero acabó de dar estas instrucciones a sus compañeros, pasó a enseñar en otras ciudades. En la cárcel de una de ellas había un político republicano federal, que, de buena fe, padecía las arbitrariedades del poder, y oyendo lo que hacía y decía el Obrero, le mandó un mensaje diciéndole: "¿Quién eres? ¿Por qué te separas de nosotros, que vamos al triunfo de la libertad? ¿Qué camino es ese que sigues?" El Obrero entonces respondió a los emisarios: "Decid a vuestro amigo lo que veis: los trabajadores se unen, se moralizan, se instruyen. Los que andaban ciegos en el vicio y en la embriaguez más espantosa, ahora ven su degradación y se separan de la prostitución; se agrupan por oficios, se federan por pueblos y se confederan por naciones, formando todos la Asociación Internacional de los Trabajadores, que impondrá la ley de la Libertad, de la Igualdad y de la Fraternidad. La obra de Emancipación para que sea útil a los trabajadores debe ser hecha por los trabajadores mismos. Para que la Libertad sea un hecho y no una ridícula farsa, debe concluir el privilegio en todo y en todos; para que la Igualdad sea una verdad, es menester que concluyan las clases y que se reduzcan las que existen a una sola de productores libres; para que la Fraternidad no sea una palabra vana, es menester que reine el amor en todos, y esto no se consigue más que teniendo cada uno el fruto integral de su trabajo, el goce proporcional de su producción, sin que haya quien explote y tiranice. En fin, decid a vuestro amigo que queremos el triunfo de la Justicia, y que esto no lo conseguiremos con las instituciones nefandas, que han dado por resultado lo que tenemos de infamia y crimen. Venid, pues, a la Asociación todos los que trabajáis y estáis agobiados, que ella os aliviará y os proclamará libres."

En aquel tiempo era un día de ayuno eclesiástico, uno de esos días en que no se puede comer carne, y algunos

compañeros del Obrero, y aun el Obrero mismo, se reunieron y comieron un poco de carne; más los hipócritas, que no miran más que las apariencias, y que hacen constituir la virtud en las prácticas religiosas, dijeron al Obrero: "Tú, con tus doctrinas disolventes, atacas a la religión, haciendo y consintiendo a tus amigos lo que no está permitido por la religión.". Empero, el Obrero le dijo: "Hipócritas, ¿qué es la religión más que un comercio indigno, en que todo se vende?. Si éstos hubieran dado algunas monedas para comprar una bula, no tendrían pecado, pero como no tienen esa bula están atacando a la religión. Pobres farsantes, ya pasó ese tiempo del furor religioso, ya los obreros van conociendo que todo ese sistema, que se les ha predicado como divino y sobrenatural, es una engañifa en que ya no creen. Moral es lo que hace falta y no ayunos y vigiliias."

Mas he aquí que mientras hablaba el Obrero, su madre y hermanos que lo buscaban; empero, él dijo: "¿Quién es mi madre, y quiénes son mis hermanos?". Y extendiendo la mano hacia sus compañeros, dijo: "He aquí mis hermanos y mi madre y mi familia. Todos los hombres son hermanos, y no debemos ser egoístas ni aun en el amor, debemos amar igualmente a todos los hombres, nuestros hermanos."

En aquel día, saliendo el Obrero de la casa que habitaba, se sentó a la orilla del mar. Y se llegaron a él muchos trabajadores, para que les explicara su doctrina regeneradora. El entonces se expresó en estos términos: "Salió un hombre a sembrar. Y de la semilla que arrojaba a la tierra, una parte cayó al lado del camino, y las aves se la comieron; otra parte cayó en lugares pedregosos en donde no había mucha tierra; ésta nació en seguida, porque no tenía tierra profunda; pero en cuanto salió el sol se quemó, porque no tenía raíz; otra parte cayó entre espinas y éstas ahogaron a aquélla y no pudo brotar. En fin, otra parte de semilla cayó en tierra preparada y dió su fruto.". En seguida continuó explicándoles la parábola: "El sembrador es

el propagandista de la idea social, el predicador de la Fraternidad y la Justicia entre los hombres. La parte de semilla que cayó al lado del camino y que se comieron las aves, representa aquella propaganda que se hace en los indiferentes y descuidados, que piensan en todo menos en lo que les conviene. La que cayó en terreno pedregoso, se refiere a aquellos que entusiasmados por cualquier cosa, aplauden lo último que oyen, sin tener en cuenta que no es menester oír solamente, sino examinar lo que se oye, investigar la verdad y meterla bien en el corazón, a fin de que fermente y dé sus frutos apetecidos. Las espinas que ahogaron otra parte de la semilla, representan los vicios y preocupaciones de que están ciertos seres llenos, que evitan de fruto la palabra de verdad. La tierra buena, en fin, son los que comprendiendo su situación y la necesidad que hay de regenerarse, se adhieren de todo corazón a los principios rehabilitadores que predica el propagandista obrero y los practican en las acciones diarias de la vida."

"¡Felices vosotros --exclamó el Obrero lleno de entusiasmo--, felices vosotros que veis desarrollarse el gran problema social que por tantos siglos ha estado oculto y envuelto en las más negras sombras de la ignorancia y el misterio!

Semejante es el reinado de la Justicia a un hombre que sembró buena semilla en el campo, y mientras dormían los trabajadores, vino un enemigo y sembró zizafia en el mismo campo; después creció la semilla y dió el fruto, mas la zizafia creció también, debilitando el buen grano. Así, pues, compañeros, no durmáis vosotros los que sembráis, porque os acechan multitud de enemigos para introducir la discordia en vuestro campo y tratar de destruir vuestro trabajo de organización. Sacad de entre vosotros la zizafia que hayan podido sembrar vuestros enemigos, atadla en manojos y arrojadla fuera, para poder encerrar el buen trigo en el granero de la asociación.

Semejante es el reinado de la Justicia a un pequeño grano de mostaza, porque después que crece es un gran arbusto y se hace árbol. Así es la propaganda de nuestras ideas, una simple palabra, la emisión articulada de un pensamiento, concebido en la mente del más pequeño de todos los seres por su posición social, del obrero; y este pensamiento recorre con la rapidez de la electricidad todas las mentes de los hijos del trabajo, salva las fronteras, cruza los mares y, cual un poco de levadura que fermenta toda la masa, se apodera de todas las conciencias, bulle en todos los cerebros, y lo que antes era el ¡ay! del esclavo es ahora el grito de emancipación de la humanidad entera, que quiere romper todas las cadenas, pulverizar todos los tronos, hacer pedazos todas las coronas, y anular todas las instituciones, que reconocen por base la ignorancia, la tiranía y la esclavitud.

V

Y cuando el Obrero hubo acabado estas parábolas vino a su país natal a instruir a sus compañeros de infortunio en los talleres y en sus casas; éstos se maravillaban y decían: "¿De dónde le viene a éste todo ese saber? ¿Por ventura no es éste el hijo del artesano? ¿No conocemos a sus padres y hermanos? ¿No es éste el que seguía todas las prácticas civiles y religiosas de esta sociedad que quiere destruir? ¿No lo hemos visto muchas veces alternar con nosotros en todo lo que ahora condena como inmoral y contrario a la felicidad del hombre?"

"Sí --respondió el Obrero--, soy el mismo que habéis visto ciego, esclavo, estúpido e inmoral. Inconsciente de mi mal y de mi miseria, creía que aquella era mi condición; por la mañana me levantaba inquieto, creyendo ir siempre tarde al trabajo y caer en desgracia del que llamaba mi amo; sin distraerme siquiera un momento, siempre temblando de miedo, concluía mi trabajo y daba las gracias cuando me tiraban el jornal asignado; como con aquel jornal no había bastante para mi casa, y además el espíritu de moralidad no estaba muy desarrollado en mí, iba a la taberna y al juego y allí dejaba el dinero, volvía a mi inmundada choza, y en ella no había nunca paz, porque siempre había hambre y desesperación. Llamaba a Dios, que aunque no lo conocía ni sabía lo que aquello era, sin embargo lo hacía por costumbre, porque así me lo habían dicho, que había un Ser que se llamaba Dios, y que era el que ordeñaba y guiaba las cosas de este mundo, hasta las más insignificantes. Pero nada de eso era la verdad; y felizmente ahora ya no soy un esclavo, ya no considero como mi amo al hombre que se lleva lo que gana, ahora le llamo Burgués, explotador; ya no tiemblo ante su presencia, porque sé que él es criminal y yo explotado, y habrá de dar una cuenta muy estrecha el día de la Justicia. Ya no me voy a la taberna a prostituirme más y a embrutecerme como desgraciadamente lo hacía, y desgraciadamente lo

hacen aún hoy algunos compañeros, me voy al centro obrero, a leer, a oír algunas explicaciones, a tratar con mis hermanos el modo de labrar la emancipación. Ya no le pido a Dios, ya me pido a mí mismo y os pido a todos vosotros los explotados, que concluyamos con tanto mal y tanta miseria. En nosotros consiste que esa sociedad esté tan mal arreglada. No habría tiranos si no hubiera esclavos que los consintieran.

Si alguien, pues, quiere venir conmigo, tenga abnegación, porque no le esperan mas que tribulaciones y martirios; abandonad las preocupaciones y buscad la verdad.

En aquel tiempo se llegaron los amigos del Obrero a él y le dijeron: "¿Quién será nuestro jefe o director? ¿Quién nos guiará en esta obra de transformación social?". Mas el Obrero, tomando un niño, lo puso en medio de ellos y les dijo: "Si no os volvéis como niños no entrareis en el reinado de la Justicia; porque tenéis que olvidar todo lo malo que habéis aprendido en la sociedad en que vivís, y tenéis que ser como niños que, ignorándolo todo, empiezan a aprenderlo todo; no creáis que os pueden servir las instrucciones y máximas mentirosas de esta perversa sociedad; todo ha de ser nuevo."

Entonces se llegó a él un caballerito muy rico y le preguntó: "¡Eh!, predicador: ¿qué debo yo hacer para parecer honrado en la sociedad?". El Obrero, con calma, respondió: "Para parecer honrado en la sociedad, se necesita no serlo; en una palabra, basta ir a misa y al sermón, frecuentar el casino y tener una posición brillante: entonces no solamente está asegurada la reputación, sino la impunidad para todo: si tienes pleitos, los ganarás; si caes en la cárcel por casualidad, el dinero te abrirá las puertas; tus hijos no serán soldados, y tú podrás disponer de cuantos esclavos quieras por un miserable jornal que les des; en todo te garantiza la ley y te premiará con cruces y condecoraciones si te pones de parte de la arbitrariedad y de la injusticia.

Empero, para ser verdaderamente honrado, ya es otra cosa; es menester que devuelvas lo que has robado a los trabajadores y lo que robó tu padre, si estás en posesión de la fortuna que él dejó; es menester que dejes esa carrera de vago y vicioso y te pongas a trabajar, para que puedas comer. Esta es la verdad: escoge." El caballero se marchó, porque no sabía ni quería aprender a trabajar, y porque tenía muchas posesiones que su padre le había dejado y que le garantizaban la legalidad existente.

Entonces el Obrero exclamó: "¡En verdad os digo que con dificultad entrará un rico en el reinado de la Justicia; porque más fácil es a un camello pasar por el ojo de una aguja que entrar un rico en las filas de aquellos que se organizan para hacer la Revolución Social que dé por resultado la Igualdad de derechos y de deberes y la liquidación que debe preceder a la Justicia!".

VI

Algunos de los amigos del Obrero se habían diseminado por todos los pueblos de la Tierra y llevaban la propaganda de las ideas por todas partes donde había hombres.

En todos los talleres donde había trabajadores era la idea y proyecto de Emancipación recibidos con júbilo y por doquiera se veían grupos que iban al mismo objeto. En las capitales principales las federaciones eran numerosísimas, y ya empezaban los ensayos de la lucha que ha de realizar la gran libertad humana. Los trabajadores unidos pedían y obtenían aumento de jornal y rebaja en las horas de trabajo. En muchas ocasiones los grandes capitalistas tuvieron que sucumbir a la actitud revolucionaria de los trabajadores. Prólogo sublime del grande y magnífico triunfo que indefectiblemente ha de coronar los esfuerzos de tanto paria, de tanto ilota, de tanto esclavo, de tanto siervo, de tanto explotado.

En Francia se había variado de forma de gobierno y los que sucedieron a los sicarios del Imperio, que se llamaban ciudadanos republicanos, en su mayoría eran tan malos y tan tiranos como los que se fueron; y siguió el monopolio, continuó la explotación del hombre por el hombre; los trabajadores se levantaron por su derecho, reclamando su parte en la vida, y se siguió otra de las innumerables y sangrientas hecatombes que la humanidad ha pronunciado en el transcurso de los siglos. Pero la idea revolucionaria dió un paso más, la idea del Obrero tomó otro nuevo aspecto en las sociedades y se extendió la propaganda.

Entonces el Obrero, que ya había recorrido muchas partes de España y verificado su transfiguración en Barcelona en el Tabor de su primer congreso regional de lengua española, donde brilló por sus doctrinas, resplandeció por su unidad de miras y se fortificó con la solidaridad que se desarrollaba siguió su marcha progresiva, y entró en Madrid, donde le esperaba un proceso y una condenación, donde debía oír

leer la sentencia de su muerte.

Y el Obrero reunió a sus compañeros y les dijo: "Ved que vamos a Madrid, y el Obrero será entregado y acusado por los sacerdotes y escribas de la ley, y lo condenarán a muerte.

Y lo entregarán a los polizontes y tribunales para que lo escarnezcan y azoten y lo crucifiquen; pero antes de poco resucitará su idea en muchos mas, todo se llenará de revolucionarios decididos que llevarán a feliz término la obra empezada y continuada con tantos sufrimientos."

Ya en la gran ciudad, donde se descubre todo lo malo que encierra la sociedad, el obrero elevaba su voz en las plazas públicas y disputaba con los doctores de la ley sobre la ciencia social, y les decía a sus amigos: Trabajadores, vamos a la Revolución; empecemos por organizarnos debidamente, que tenemos que destruir este orden de cosas tan disparatado y tan anómalo, para que en su lugar reine la verdad y la justicia.

¡Ay de vosotros, escribas y fariseos hipócritas, explotadores del hombre y su derecho (decía a los que se erigen en mandarines), que queréis evitar el reinado de la justicia, y ni la establecéis ni dejáis a otros que la establezcan!

¡Ay de vosotros, poderosos de la tierra, que vivís del sudor y la sangre del trabajador, so pretexto de lo que llamáis fortuna legal que poseéis!

¡Ay de vosotros, hipócritas decantadores de la moral, y daís a los que trabajan los campos que tenéis a viva fuerza, pan más negro, si es posible, que vuestro corazón de fieras!

¡Ay de vosotros, señores gazmoños de "frac" y corbata blanca, que soís sepulcros blanqueados, que exteriormente parecéis personas decentes, y en lo interior no tenéis más que ambición, perfidia y falsedad!

¡Ay de vosotros, hipócritas liberales, que edificáis sepulcros a los mártires de la libertad y firmasteis la sentencia de muerte de aquellos infelices, o formasteis en

el cuadro mientras se le fusilaba!

¡Ay de vosotros, falsos demócratas, engañosos liberales, que mientras estábais en la oposición adulábais al trabajador para que sirviera de pedestal y pudierais encumbraros!

¡Ay de vosotros, apóstatas reaccionarios, que prometíais todas las libertades y habéis fusilado a vuestros hermanos, cuando querían hacer valer vuestras mentidas promesas!

Serpientes, raza de víboras, ¿cómo huiréis del juicio popular que ha de caer inexorable sobre vosotros? He aquí como estamos frente a frente de vosotros desafiando vuestra cólera, ya que no podemos herir vuestra sensibilidad y recordaros que siendo hombres, debéis ser buenos y justos; sabemos lo que haréis con nosotros; a unos nos encarcelaréis, a otros nos haréis sufrir en los presidios y hasta tal vez derramareis nuestra sangre; pero sobre vosotros caerá la mancha de vuestra infamia y no habréis conseguido vuestro objeto. De todo ese edificio, que creéis eterno, no ha de quedar piedra sobre piedra todo ha de ser destruido; vuestro trono, asiento de vuestro poder, ha de hundirse con estrépito al levantamiento de un pueblo harto de crímenes. Vuestras instituciones todas manchadas con la sangre del pobre, han de desaparecer para no volver más. ¿Y qué será entonces de vosotros, sostenedores de este orden de cosas? Os habréis de salir de ese vasto edificio amenazado, si no queréis quedar envueltos en sus ruinas."

Entonces, el obrero se retiró con sus amigos para seguir su obra y alentarlos contra los próximos acontecimientos. "No se turbe vuestro corazón, ni tengáis miedo; ése es el fallo de la ciencia; lágrimas de sangre derrama mi corazón al ver esós fatuos hermanos nuestros, que no quieren entrar en razón y dejar de ser malos. Todavía quizá será preciso defender nuestro derecho por medio de la insurrección, porque los tiranos y explotadores, aunque se le diga que ha concluido su tiempo, no lo quieren entender; marchemos siempre adelante, predicando nuestro Evangelio revoluciona-

rio y preparémonos a cualquier acontecimiento. Habrá grandes terremotos sociales, y la tribulación será espantosa, pero aparecerá el estandarte del obrero rodeado de sus defensores y establecerá el tribunal verdadero de la justicia, para juzgar a todos los ambiciosos, a todos los tiranos, a todos los embaucadores y engañadores, a todos los explotadores y ladrones. Entonces no habrá jueces que tergiversen las causas, ni policía venal, que deje escapar al criminal y prenda al inocente, ni ministros parciales, que contra toda ley hagan su caprichosa voluntad, ni reyes sanguinarios o estúpidos que sirvan a sus intenciones o a las sugerencias de sus consejeros.

Entonces los amigos del obrero le preguntaron: ¿y cuándo vendrá ese día? ¿Qué señal tendremos para saber que se acerca el día de nuestra justicia?

A esto, el obrero les respondió: No consiste más que en nosotros: si indiferentes y descuidados nos separamos y no hacemos por formar un solo grupo, con una misma bandera, y una misma aspiración, siempre sucederá lo mismo; pero si todos, como un sólo individuo, vamos con un pensamiento, ese día se ha acercado.

Así, pues, velad y estad siempre dispuestos para aprovechar toda ocasión que se presente y aplicarla en beneficio de nuestra emancipación.

VII

En aquellos días se reunían los Padres de la Patria y los doctores de la ley para tratar de los asuntos públicos o de los suyos particulares, como sucedía muchas veces; y sucedió que un escriba de la Ley llamado Júpiter los interpelaba diciendo: "¿cómo es que vosotros, que representáis aquí la soberanía nacional, os mostráis tan indiferentes y descuidados de los dichos y hechos de ese vagabundo, de ese tunante de obrero, llamado Internacional, y digno émulo de José María, el célebre bandido? Ese obrero es una plaga, un peligro constante al orden establecido. Ese obrero tiene una audacia que pasa todos los límites; no respeta nada, ni a los capitalistas, ni a los sacerdotes, ni a la magistratura, ni al ejército, ni aun venera la dignidad real indiscutible, irresponsable, inviolable e in..., pero ¿qué diré?. Ayer atacaba a la ley, a la autoridad; hoy, a los ricos, contra los que excita a la hez del populacho; ¿no se ha atrevido a decir que la propiedad adquirida, por ejemplo, por uno que había sido ministro de Hacienda, era un robo, que debía ser castigado por la justicia popular?".

(Los demás Padres de la Patria) "¡Oh, eso es abominable! ¿Adónde vamos a parar?".

"¡Al abismo, prosiguió el escriba, al caos, a la anarquía!" "Empero no es eso todo, añadió otro santón de la burguesía: es el caso que si se permite ese obrero tales enormidades y llega a destruirse ese derecho de propiedad individual, ¿qué será de nuestras fortunas? ¿Cómo las defenderemos de la invasión revolucionaria? Este obrero es una verdadera calamidad, porque no contento con querer destruir la ley, la autoridad, la propiedad, la religión, quiere, para coronar su obra infernal, destruir también la familia."

De todas las diversas sectas en que se dividían los padres de la Patria salían amenazas, injurias e imprecaciones contra el pobre obrero. Algunos se levantaron para

defenderle, y decían, como Gamaliel de los tiempos pasados: "Dejar obrar; nosotros no tenemos miedo a la libertad; son sueños de ese pobre loco; sin embargo, está en su derecho de soñar cuanto quiera"; un solo hombre se levantó y defendió al pobre obrero, llamándole el mártir de todas las edades, el productor de toda la riqueza social y el que tenía derecho a la vida que allí se le disputaba contra toda justicia y cometiendo un crimen.

Pero su voz no fue atendida y se declaró que virtualmente quedaba condenado el reo, aunque no lo habían oído defenderse de las calumnias que le habían inferido en aquel Sanedrín. Solamente no podría ponerse en práctica aquella condenación por la festividad de la Pascua que se acercaba.

Y sucedió que llegó al poder el sumo sacerdote Sagasta y firmó la sentencia, arrollando así la ley que había jurado, pues condenó al obrero, sin aun siquiera saber sus aspiraciones; lo único que sabía es que el obrero estaba en oposición directa con los explotadores, apóstatas, reaccionarios y farsantes, y no podía escuchar que aquellas doctrinas disolventes de la iniquidad y la explotación tuvieran desarrollo, por la parte que le pudiera tocar. Y lanzó el disuélvase, QUEDE ANATEMATIZADO Y FUERA DE LA LEY. CRUCIFIQUESE a ese obrero y póngasele en lo alto de su patíbulo la UTOPIA FILOSOFAL DE SU CRIMEN.

Con esto quedó tranquilo el conciliábulo de los enemigos del pobre propagandista. El obrero expiró entre los criminales y fué sepultado en el Código penal: Consumatum est: todo acabó ya; se salvó la ley, la autoridad, la propiedad, la religión y la familia. Ya no hay trastornos; la clase trabajadora no volverá a meterse más a revolucionaria, porque el anatema y la condenación del gran sacerdote le habrá aterrado. Todas las esperanzas del proletariado habrán muerto.

Empero en la misma hora de elevarse aquel patíbulo y aquel reo ajusticiado entregar su vida legal en manos de sus

verdugos, nacieron muchos más organizadores y propagadores de la misma idea. Nada han conseguido los enemigos, más que cubrirse de oprobio y cargar con otra culpa que habrá de expiarse.

El obrero internacional ha resucitado verdaderamente y vive en medio de sus hermanos; no lo han muerto, porque no le pueden quitar esa vida propia de las grandes ideas. Y está en medio de nosotros, y nos vivifica, y nos alienta, y nos hace cada vez más fuertes, esperando la gran manifestación.

Trabajador, no olvides tu Evangelio, que habrás de enseñar a tus hijos y propagar por todas partes.

Demos testimonio a la verdad en todas ocasiones y vayamos directa e inmediatamente a la Revolución, para entrar en el goce que nos promete el OBRERO INTERNACIONAL.

Cárcel de Sevilla, 18 de marzo de 1872.

Nicolas Alonso Marselau

Advertencia

La Comisión de Propaganda del Consejo de la Federación Sevillana de la Asociación Internacional de los Trabajadores hizo suyas las ideas vertidas en este folleto y recomendó eficazmente su propagación.

